

SOCIEDAD ELIFANTE

SANZ JUNG
HAY DE
LA TERRE
SANCHEZ
BARRIETO
VALLARES
HERNANDEZ
SANCHEZ
FRANCO



POEMA A UNA MUJER SENTADA EN UNA ESCALERA

Entre esos peldaños anchos como universos,
veo una mujer sentada,
una estatua de papel
sin la huella
de todas las cosas,
ausente hasta de sí misma,
buscando la abertura
en el ramal infinito de la aurora.
Mujer, no sé de tu pasado ni de tu presente
tu vida pudo haber sido un rastro eterno
de todo lo innombrable
Te miro y hallo un anónimo reflejo
cuando tus ojos derraman su alma
como el origen del tajo en las horas.
O tal vez tu vida es como un letrero,
blanco y vacío,
que muere en cada horizonte.
La vida desciende como la lluvia, sabías,
nos lleva, tras los mismos pasos,
por la primavera hasta el invierno,
como por un riel,
ancho y sin orillas.
Pero, qué poder decirte de la vida
sino qué es una cosa vana e irreal?
La vida es sólo dos signos:
despertar y dormir.

LUIS VALLADARES HERNÁNDEZ

E
L
E
F
A
N
T
E
S

Tendido sobre el polvo
que comienza a devorarlo,
yace el cuerpo agonizante
de Babar,
el último rey de la sabana.
La descarnada humedad
y la intensidad
del matiz rojizo de sus heridas,
contrastan con la seca
y grisácea roca
de la que está hecha su piel.
Aún nos parece increíble
que su dura corteza
haya cedido al embate de las fieras,
y que en lugar de escuchar
su imponente estampido
retumbar en la planicie,
sólo se oiga el débil resoplar
de sus últimas exhalaciones.
Pero ya sus arrugas
se habían hecho incontables,
y el ritmo de sus movimientos
era muy lento y pausado.

Ahora nosotros cuidaremos
tus restos de los carroñeros
que no respetan el marfil ni los huesos.
Nos quedaremos junto a ti
hasta que tu carne
nos abandone completamente
y deje tu esqueleto limpio
de la salvaje tentación del hambre.
Entonces, con nuestras trompas,
tocaremos, besaremos, oleremos
cada resquicio de tu recuerdo
para guardar fielmente
el aroma de tu alma en la memoria.

MIGUEL ANGEL SANZ CHUNG

I

Fue en aquella tarde
En que los lirios
 aún no eran piedras de arcoiris ensimismados
En mi bote
En mi bote de algunas ramas secas
En mi bote que no avanzaba
 al compás del viento
sino como hombre
 decrépito

Ahí estábamos
 los Tres
contemplando la huída de la luz
que resplandecía
como ojos de gato
de ciegas patas

Acto seguido
me empujaste
 para Yo
 terminar ahogándome
 en tu infinidad
Parecía cristal diluido

La escena
 continúa con ustedes Dos
No es tiempo de paisajes
 pero

Ella
 sin redundar en la casualidad
hermosa como una selva virgen
de aquellas que parecen
 esferas de agua

Tú
sólo pedías
Le pedías hasta
 la inocencia de ser
 una escultura no tallada

Comenzaste
 quitándole su blanca blusa
Luego
 sólo atinaste
 a contemplar sus senos

de grandes y hermosos pezones
y su vientre
su moreno vientre
que se agita al vaivén de las olas

Sus manos temblaban
casi como en presencia de una bestia
y Tú...

Un aire pútrido
Una neblina a la deriva
Se apagó la noche

II

Alguna vez
Creyeron en la pureza del rocío

Ni Él
de quien semejanza
a contraluz somos
pudo no marchitar el himen de la flor

III

Ahora
Ellas nos miran
como el alma al espejo
como la luz a un día nublado
como el reflejo a la oscuridad
como el Sur del polo norte
al Norte del polo sur

IV

Alguna vez
nos fotografió
Utilizó un rollo
de algas marinas

Al revelarse
parecíamos polillas
perdidas en una cortina
color música barroca

Ya viejos
Tan internos del interno exterior
Cuan luz del mar muerto

Ya tan sin pasado
O sólo Hoyes
Como escorpiones
Esqueletos andantes
Sólo que el esqueleto
lo revestíamos
con retazos de harapos

Parecíamos hojas secas
flotando en fuegos nocturnos
bajo la sombra de un glaciár

Éramos
jadeantes
robos
de
luz

V

Al fin

Ella habló
con su voz
bola de nieve
con su vientre
corteza de árbol
con su mirada
color ayer o nunca
con su andar
marea de ciempiés
con la exageración
de ser humana

Un hijo nonato
fue el crimen

VI

En el tiempo perdido

o moscas de sal

Mueres

Diáfano

como una mariposa

que no fue oruga

como un libro escrito

en la época

de la miseria creativa

Ati
Que para mí
 Quisiste imitarme
 Te recuerdo
 Que somos tus temores
 Reos en la integridad de la nada

y Tú
 serás la ganancia de la perdida
 de quienes
 no duden
 cuando tiren los Dados

JOSÉ AGUSTÍN HAYA DE LA TORRE C.

QUÉ
DE
HACER

Qué
 de hacer el amor
 para no estar sola,

de estar amurallando la cama
 y diseñando esta puerta
 a partir de tu llave;

qué
 de mi parecer que se pierde
 y no regresa.

Yo soy una de esas
 de las primeras,
 de las que eternamente
 sonrojan el labio:

 Sí,
 haría el amor para no estar

sola.

DIEGO ALONSO SÁNCHEZ BARRUETO

La Gehenna

Pero yo os digo que todo el que mira a una mujer deseándola, ya adulteró con ella en su corazón.

Si, pues, tu ojo derecho te escandaliza, sácatelo y arrójalo de ti, porque mejor es que perezca uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado a la Gehenna.

Y si tu mano derecha te escandaliza, córtatela y arrójala de ti, porque mejor te es que uno de tus miembros perezca, que no que todo el cuerpo sea arrojado a la Gehenna.

Mateo, V, 28-30

*C*reo que ya es tiempo de ir a la Gehenna. Me he arrancado un ojo y la lengua, al ver pasar a una de mis siervas favoritas.

Su nombre es Ruth, y es una mujer fuerte, joven, de dientes blancos, ojos negros y brillantes y cabellos caídos en cascada, como dulces y negras serpientes. Traté de esquivar la mirada y reposar los ojos en el pozo abierto por Jim. Me fue imposible; algún demonio me obligó a seguirla, a observar con detenimiento y emoción cómo llevaba el canasto sobre la cabeza, cómo pisaba las piedras para cruzar el río, cómo me sonreía —con esa sonrisa de terca calma que tienen todas las mujeres casadas— al mover las caderas, al estirar los labios, al andar sobre las aguas como llevada por un encanto. “Ruth”, la llamé con el corazón desbocado y los ojos llenos de lágrimas. Pero era tonto, ella jamás rendiría su cuerpo ante un visitante de la Gehenna. Resignado y con esa sensación de cuervos encima y de alimañas caminando por el rostro, regresé a casa. Ya, antes de entrar, sabía bien cómo aliviar ese malestar, sabía bien lo que tenía que hacer para deshacerme de tanto cuervo y alimaña. Encerrado en el despacho me arranqué un ojo y, después de controlar mis nervios, la lengua, como ofrecimiento y purga por mi pecado. Mis criados, pobres, sospechando lo que estaba ocurriendo, tocaban la puerta con insistencia. Luego de un rato, Jim, mi empleado más joven, cuyo rostro de mujik me inspira calma y confianza, logró entrar por la ventana. Al verme ensangrentado y tendido en el canapé, no pudo más que ayudarme. Con mucha rapidez y tacto, colocó mi cabeza sobre almohadones, puso compresas frías sobre mi frente

y limpió la sangre que salía a borbotones de las heridas. Después recogió con cuidado, y haciendo la reverencia del caso, cada una de las piezas a sacrificar, cada uno de los tributos a la Gehenna.

—¿Los llevo ahora, señor?— pregunto Jim abriendo más los ojos y envolviendo la lengua y el ojo extraído en trapos sucios de sangre y polvo.

—¡Déjalos. Jim! Ya viste lo que paso la otra vez. Soy yo quien los debe llevar— fue lo que le dije con la mirada, o con lo que me quedaba de ella. Jim, quien después de beberse medio litro de vino se ufana en las fogatas de la aldea de conocer la Gehenna tanto y más que el patrón, acomodó cada una de las piezas encima de la repisa, y les espolvoreó arena y sal, tal como dicta la ceremonia. El mismo Jim se encargó de apagar a soplos cada una de las bujías para que yo pueda descansar, y de tranquilizar a las ancianas y a los empleados. Cuando ya estaba a oscuras y a punto de dormirme, escuché a Jim decir a media voz “Son buenas piezas, así que será una buena fiesta”. Al final sentí, entre sueños, cómo los campesinos iban organizando los grupos de baile, cómo la orquesta iba afinando sus instrumentos, cómo las fogatas iban siendo encendidas. Dormí tranquilo porque Jim se encargaría de disponer bien la fiesta. Jim es brillante y lo querría como si fuera un hijo mío, sino fuera un hijo mío.

No tardé en reponerme. Ese es uno de los milagros de la Gehenna. Al día siguiente, al despertar, me sentí bien, profundamente aliviado, con la sensación de tener el rostro limpio y completo. No espere más y fui corriendo hasta las aguas del río. En la explanada, los campesinos —incluido Jim— danzaban y daban cánticos al Fuego invisible y a mi nombre. Todos pararon al verme cruzar la explanada en mi carrera hacia el río. Sentí su silencio y un dulce frío caló hasta mis huesos.

Al llegar, me tendí sobre la orilla y observé mi reflejo en las aguas. Ahí estaba mi nuevo ojo, un ojo puro y exorcizado. Abrí la boca e hice una mueca, y mi nueva lengua asomó y se torció de una manera admirable. Aunque me pareció una lengua breve y escandalosamente rojiza, como de adolescente, no me importó y me dejé llevar por el gozo y la alegría de saberme renovado. Todo se lo debía a la Gehenna, ella lo había hecho. Estaba salvado; la Gehenna había perdonado mi lascivia, mi desenfreno, mi impúdico deseo por la mujer

ajena. No tenía que fijarme en pequeñeces, como el tamaño de mi nueva lengua o el color de mi nuevo ojo; nunca lo había hecho. Lo importante era que estaba salvado y que la Gehenna me había dado otra oportunidad.

Unos minutos después, sentí el crepitar de las antorchas, a mi alrededor, y la mano tibia y sanguínea de Jim en mi hombro.

—La obligué a marcharse, señor— me susurró al oído. Luego, con voz más baja aún, precisó—su marido quiso resistirse. Así que tuve que encargarme.

Volteé a ver su rostro joven y sano, “Como el mío“, pensé y lo comparé con los otros rostros que me rodeaban, los rostros de hambre y miseria de los campesinos, los rostros resecaos, ajados y pálidos de sus mujeres.

—Entiendo, Jim. Está bien, está bien— le dije moviendo con dificultad la lengua, como si tuviera piedras en la boca o como si masticara vidrios. Sabía bien que iba a tardar en acostumbrarme a mi nueva voz; pero me gustó tanto escuchar esa voz adolescente salir de mi boca, que dije otro “Está bien, Jim“ sólo para complacerme.

Acompañé al corro hasta mi casa. Todos estaban alegres, pero a mi me faltaba algo: llevar aquello que no era mío hasta el Fuego sagrado, la Gehenna.

Gustoso y conforme, tomé los pañuelos con la lengua y el ojo que ya no me pertenecían. Dejé a los campesinos con su fiesta y me interné en el bosque de ortigas y arces.

Cuando llegué a la Gehenna, el fuego aún estaba vivo. Lo encontré tal cual, como en mi memoria se conservaba. Recordar la última vez que estuve ahí, me hizo mirar mi mano derecha; esa mano morena de manchas parduscas a la que ya me había acostumbrado. Aunque tenía los dedos más cortos, igual servía para empuñar el azadón o disparar la escopeta. Mirar mi mano, me puso, inevitablemente, intranquilo. Sentí un profundo asco de mi propio cuerpo y a la vez un miedo indescriptible. Para calmarme, arrojé al fuego cada una de las piezas, mientras decía las preces de rigor y escondía bajo la manga el motivo de mi desazón.

Acabada la ceremonia, regresé a la fiesta cantando. Pedí una botella de vino y bailé con algunas mujeres, todas viejas y de nariz roída. La fiesta acabó temprano, ya que las viejas se cansaron rápido. Yo también estaba fatigado, así que me retiré a mi habitación en cuanto pude. Jim me siguió y con él nos abrimos camino entre los rostros de fastidio de los campesinos y las desfallecientes caras de las viejas. Jim llenó el lavabo para el aseo y me ayudó a desvestirme y a ponerme el pijama. Cuando Jim estaba preparando mi cama, me atreví a preguntarle de qué color era, exactamente, mi nuevo ojo.

—Azul, señor— me respondió con algún resquemor. Escuchar eso, me puso algo triste, pero traté de disimularlo. El color de mi otro ojo era marrón y el del antiguo, verde. Pero pensé que sufrir por eso eran frivolidades y que lo mejor era dormir y olvidarse.

Antes que Jim se retirará, noté que quería decirme algo. Tardaba en despedirse y daba vueltas en el cuarto, como esperando el valor necesario para hablar. Le increpé, le pregunté si algo le molestaba, si quería decirme alguna cosa. Como insistí tanto, no tuvo más remedio que confesarse.

—Son las fiestas, señor. La gente se queja de que duran muy poco. Faltan mujeres jóvenes y los campesinos ya están cansados de tener que juntarse con viejas. Extrañan a las jóvenes, a sus mujeres; además sospechan que sus mujeres no se fueron, sino que... bueno... ellos sospechan y están comenzando a hacer preguntas y yo...

—¡La gente es estúpida! le interrumpí furioso— ¡es estúpida! Una mujer joven es tentación y la Gehenna ha permitido muchas cosas. Mira esta mano— le dije sacando de las sabanas mi mano morena —mira este ojo azul, estos labios puros— e impulsado por un arranque súbito, me desnudé y mostré el bajo vientre —¡Mira! ¡Mira bien! Date cuenta, hombre, date cuenta; la Gehenna nos ha salvado.

—Pero la gente se queja igual.

—¡Nos ha salvado!— grité con ganas de que me escuche toda la aldea.

Jim se retiró cerrando con violencia la puerta. Salió dando insultos y maldiciones. Sólo cuando se enojaba, se

acordaba que era un bastardo y no escatimaba esfuerzos en reprochármelo. También recordaba cómo había tenido que deshacerse de su propia madre, cuando la Gehenna llegó a nosotros. Por eso, sus insultos y maldiciones hacia mí y la Gehenna. Yo no le interrumpí, porque sabía bien que iba a arrepentirse y que terminaría yendo al bosque de ortigas y arces a pedirle perdón al Fuego sagrado, a cortarse —profundamente arrepentido por sus groserías— los cabellos, con guijarros, para entregárselos a las llamas y pedir misericordia y paz para su alma. Así que lo dejé blasfemar y tan solo me dispuse a dormir, a descansar del fatigoso día.

Curiosamente soñé con Ruth. Estaba increíblemente hermosa. Sonriendo, me acariciaba las mejillas y, después de besarme la frente, se tendía sobre un paja para deshacerse de su blusa de percal y mostrarme sus abundantes pechos. Mientras soñaba, pensé que ese era otro de los milagros de la Gehenna; uno de esos milagros, que a un obtuso y alcohólico campesino le está prohibido conocer, uno de esos milagros privado y secretos.

Al despertarme, encontré a una de mis viejas criadas sentada al borde de la cama. Con su aliento fétido y sus ojos sin brillo, me preguntó si deseaba té o café para el desayuno. Me acordé haber bailado con ella el día anterior. Me acordé de su dificultad para moverse al ritmo frenético del tambor, y lo rendida que acabó, casi sujetándose de mis brazos, luego de tres piezas. Accidentalmente le miré los pechos. Tras la blusa, parecían aplastados y sin vida. Bendije a la Gehenna porque esa sierva no era joven. Reconocí, al instante, otra ofrenda más del Fuego, otro milagro de la Gehenna. Le volví a ver los pechos mientras pensaba en Ruth. La vieja, ante mi silencio, me miró algo extrañada; esperaba mi respuesta, para poder marcharse cuanto antes.

—Sí, sírveme té— ordené secamente estirando la mano hacia el botón de su blusa.

MOISÉS SÁNCHEZ FRANCO

UNMSM / 2001 Número 2
sociedadedefante@terra.com.pe